

# LICEO BRIGANTINO

## ECO SEMANAL DE LA SOCIEDAD

# LICEO BRIGANTINO

Director, D. RICARDO CABUNCHO.

Redacción y Administración,

SOCIEDAD LICEO BRIGANTINO.

Todos los señores Socios son colaboradores de esta Revista.

La correspondencia se dirigirá al Director, Orzan 42, 3.º

### PRECIOS DE SUSCRICIÓN.

Para los señores Socios. . . . . gratis. Provincias y Portugal. . . . . Al trimestre. 2 pts  
Para los que no lo son. . . . . Al mes. 0.50 pts. Números sueltos. . . . . 0.25 "

AÑO III.

CORUÑA: Viernes 4 de Enero de 1884.

NÚM. 51

### SUMARIO

SECCION LITERARIA: Lecturas infantiles, por Jofé Zahonero; La cruz de Galapagar, por Jovino Ozores; Anécdotas de campaña, por Francisco Lumberas.—POESÍA: As miñas penas, por Benito Losada.—Sección bibliográfica.—Miscelánea.—Charada.

## SECCION LITERARIA.

### LECTURAS INFANTILES.

#### EL GORRO DE PAPEL.

Á MI QUERIDO AMIGO EL SEÑOR DON JOSÉ BLAZQUEZ.

I.

La guerra era inevitable.

La razón de tan tremendo caso, tan sólo conocida de los grandes diplomáticos y capitanes, no podré exponerla; lo único que se puede decir es que los cristianos se disponían á zurrar de lo lindo á los mahometanos.

Entiéndase que no eran todos los cristianos, sino los españoles, y que se intentaba vapulear, no á todos los mahometanos, sino á los moros.

Había, en fin, guerra dispuesta entre moros y cristianos.

Los preparativos eran grandes en casa de Carlitos, nombrado por sí mismo general en jefe, componía con papel dorado la empuñadura de su sable de madera, que le habia servido en otros encuentros de guerra; colocábase cruces y galones, charreteras y gola, porque lo valiente no quita nada á lo ostentoso y brillante, y de todos los rincones de su cuarto de juguetes, que le servía de sacristía cuando oficiaba de obispo, y de parque y arsenal cuando sentía arderser en fuego bélico; fueron saliendo banderas, lanzas, cornetas y tambores. Ante estos preparativos, hasta los espejos y muñecos de rincón podían temer una catástrofe.

El héroe arreglaba sus armas.

El balcón del cuartel estaba abierto de par en par, descubriendo un hermosísimo cielo azulado, y los altos árboles del jardín luciendo los matices verdes, amarillos, morados y rojos de las hojas otoñales; imperceptible movimiento las comunicaba un ligero vientecillo, produciendo ese ruido dulce de cierzo lejano que el huracán eleva hasta semejarse á un oleaje furioso; y todo convidaba al goce de la paz, y más que aspecto de guerra, ofrecíase un risueño y tranquilo aspecto; tanto, que ante la perspectiva de un cesto de doradas uvas y un trozo de pan que comer bajo los árboles, se hubiera comprado al guerrero, y por entonces los moros hubieran logrado alguna suspensión de hostilidades, ó tal vez una paz de larga duración.

Ya dispuestas las armas, Carlos notó que le faltaba el sombrero de tres picos, distintivo de su categoría; exploró en los rincones, y por último, fuese por la casa en busca de lo que no hallaba, hasta que la fortuna, que hace de los más jóvenes sus predilectos, puso ante sus ojos un ancho periódico de recio papel, el número del día no sé si de *La Epoca* ó *El Progreso*, y en rápido medir, cortar y doblar, plegando y ajustando con gracia extremada, convirtió el periódico en sombrero de general, cuando los generales lo llevaban, cosa que ignoraba Carlos, y menudencias y distinciones que apunto, porque ellas suman en la historia muchas veces los resultados gloriosos. Lo cierto es que tuvo su sombrero.

II.

Sobre aquella cabecita rizada, rodeando sus blancas y azuladas sienes, por cima de su frente candorosa y en que, como en la de todos los niños, se veía difundida una claridad que parece gemela de la del alba en el cielo, estaba un mundo. Cuatro negras bandas, formadas por las columnas impresas, se perdían en los dobleces hechos primorosamente por los dedos del general.

Y en aquellas bandas habia mayor guerra y mortandad que en todas las batallas. Ataques, defensas, luchas, victorias sin cuento, el combate de todos los dias, el acta de la gran lucha humana por la libertad y por la civilización. El niño ignoraba que su gorro era todo un ejército, que cada columna impresa lo era de guerra, que desde el artículo de fondo hasta la última noticia, se representaban un combate de ideas, de pasiones, de intereses, de aspiraciones, de desengaños, que en breve espacio desarrollaban escaramuzas, retiradas, ataques y defensas; ignoraba que todo aquello tan deleznable, tan ligero, tan despreciable, aquel papel manchado, llevaba fuerza bastante para derribar una conjuración de reyes. No es extraño, aún hoy lo ignoran los hombres.

Pero si grande era la Babel que soportaba en su cabeza, no era menor la baraunda que armaba dentro de ella su imaginación. La guerra iba á comenzar.

Un general ha de acudir á todas las partes de su ejército, pero Carlos las llevaba todas en sí. Daba los toques de atención, escudriñaba vista adelante la presencia del enemigo, y pensaba y ejecutaba por sí mismo el plan. ¡Ah! que los moros no se habían descuidado; en la habitación contigua se hallaban, Carlos los veía con grandes barbas, amplios albornoces, turbantes mayores que un almohadon de lana al pié, bigotes tremendos, y alfanjes que habían de cercenar cabezas como las hoces siegan espigas.

La lucha comenzó; el valiente capitán desenvainó su espada, y la blandió en molinete y revueltas tenaces; ya

retrocedía por librarse de los golpes del enemigo, ya avanzaba para asestárselos seguros, y por valer más que todos los héroes conocidos, él peleaba y arengaba á su ejército, sin que un soldado retrocediese, sino cuando él retrocedía, ni avanzase, sino á la vez que él avanzaba; y no diremos que se movía como un solo hombre, porque sería impropio, pero sí como un solo chico, y eso que según el estruendo más bien parecían tres mil. Y en cuanto á perspicacia y talentos militares que os diremos, sino que cuando muchos generales no ven al enemigo aun teniéndole en las narices, este veía millones de soldados, jefes y reyes moros, donde cualquiera no hubiera visto sino una habitación con muebles alineados; y donde, á no alborotar el gran capitán, no se hubieran visto ni moscas.

Pero había enemigos, tantos y tan tenaces que hubo necesidad de atrincherarse, colocando barricadas de sillas y haciendo fuertes de butacas; pero presto la victoria coronó la batalla y pasillo arriba y escalera abajo y aún por todo lo largo del jardín, el ejército cristiano persiguió legiones de moros invisibles.

### III.

Los efectos de la lucha fueron tremendos. El general, pasadas algunas horas de correr y pelear, sintióse rendido y durmió sobre sus laureles y bajo un copudo árbol. ¡Cuán hermoso sueño, arrullado por los rítoros ecos que acuden de todas partes cuando el hombre se halla en la soledad de la naturaleza! Por párpados parecía tener dos corolas de rosa, agitaba el aire sus rizos, su boca fresca emitía aliento de pajarillo y bajo su pecho agitábase dulcemente su corazón tan grande quizá y de la naturaleza misma de los Magno-Alejandro, su mano derecha mantenía desenvainada la terrible espada, y de la izquierda abierta por la laxitud del sueño se había desprendido el estandarte real.

¡Cuán ageno estaría al dormirse de haber causado un desastre! Su guerrear había roto en mil pedazos la cabeza de un ilustre personaje. Su hermano mayor, en el limbo de la fantasía guerrera y heroica, la cabeza de un don Quijote de yeso!

Si de puntillas os hubiérais acercado al general, hubiérais leído un artículo en que se ponía de vuelta y media á los héroes con sacrilega impiedad; felizmente el aire llevó el ligero papel, arrastrándole á su soplo juguetón, y pasó aquella defensa de la paz por la cabeza de Carlitos como pasan muchas ideas por los ojos de muchos grandes hombres, dejándoles en sus sueños y quimeras.

Ante aquel niño dormido sonreía Cervantes. Escusado es decir que los moros han de volver á presentarse, pero confiemos en nuestro general.

Una pregunta impertinente, ¿por qué los sueños del luchador obrero, combatiente, útil, no se da en los niños? Porque esto está todavía muy lejos del pensamiento de los hombres, me contesto, y acabo mi crónica de la guerra de moros y cristianos, destinada á ser inserta tal vez en un gorro de papel.

*José Zahonero.*

## LA CRUZ DE GALAPAGAR.

### LEYENDA.

A LA EXCMA. SRA. CONDESA VIUDA DE PRIEGUE.

#### I.

En las inmediaciones de Madrid, existe una aldea ca-

si desconocida, que encierra dentro de sí gran número de recuerdos históricos.

A la salida del pueblo, y en una eminencia próxima al camino que desde Madrid conduce al Escorial, se observa una gran cruz de piedra que llama la atención por su elevación y tosco trabajo, y que por aquellos contornos se conoce con el nombre que encabezamos estas líneas. Enfrente de esta cruz y en una montaña mas elevada, se distinguen las ruinas del castillo de D.<sup>a</sup> Blanca de Basarante, objeto de mil romances y leyendas de duendes y de brujas.

Los sucesos que vamos á relatar comienzan el año de mil quinientos doce. D.<sup>a</sup> Blanca de Basarante y sus hijos D. Jaime y D. Alvaro habitaban la fortaleza que nos ocupa.

El día quince de Enero del referido año se disponía D. Jaime á partir á la corte, donde había sido llamado por el Rey, con objeto de ponerle en posesión de los títulos y honores de su difunto padre.

Mientras él arreglaba sus asuntos, su hermano D. Alvaro le preparaba una emboscada. En una de las salas bajas del castillo se encontraban varios guerreros, que impacientes esperaban órdenes de su jefe. Este era Fernan, escudero de D. Alvaro, y en quien depositaba toda su confianza.

D. Alvaro quería ser poseedor de los títulos y honores que correspondían á su hermano, y Fernan le secundaba en sus aspiraciones, con mil argumentos. Escuchemos la conversacion de los guerreros:

—Mucho tarda Fernan,—decía uno de brucas facciones.

—Estoy en la creencia, Rudisildo—contestó otro—que todavía se han de arrepentir de cometer ese crimen.

—Tal creo,—pero Fernan tiene mucho empeño, en que su señor sea mayorazgo.

—Aquí viene ya Fernan.

—Buenas tardes, muchachos—dijo Fernan entrando—¿Hace frío?

—Mucho, señor Fernan.

—Pues esta noche hay ronda larga; pero habrá buen vino y buenos ducados; mi señor convida.

—Viva el señor Fernan...!—gritó uno.

—Vivaa...—contestaron todos.

—Basta de bulla, podeis marcharos hasta las ocho que estareis en la peña del Aguila junto á Galapagar.

Todos salieron del castillo, refunfuñando entre sí—Al fin no se salva, que Dios le perdone!

#### II.

En el patio de honor se encontraban D. Jaime y su escudero dispuestos á partir. Antes de hacerlo abrazó á su madre y traidor hermano, ambos lloraban; la primera, lágrimas del corazón; el segundo, lágrimas falsas.

D. Jaime salió al camino, y emprendió al trote, cruzándose diferentes veces sus miradas con las de su madre y hermano que contemplaban su partida desde las almenas.

Cuando se hubo perdido de vista, ambos abandonaron las almenas. D.<sup>a</sup> Blanca se fué á rezar á la capilla del castillo, D. Alvaro se encerró en su cámara.

#### III.

La noche tendía su negro manto y dejaba sumidos á los mortales, de esta parte del mundo, en las mas densas tinieblas. El frío era intenso, los caminos estaban resbaladizos por la helada y las próximas alturas cubiertas de nieve.

Nuestros viajeros continuaban su camino sin ningun contratiempo, iban envueltos en magnificas capas de pieles, y el frio les era casi insensible. Cuando nos unimos á ellos estaban cerca de la peña del Aguila.

El silencio que llevaban fué roto por D. Jaime.—Mala noche tenemos Nuño.

—Señor; estamos en pleno invierno y el Guadarrama, nos regala sus acostumbrados frios.

—Tienes razón; en contra de mi voluntad hago este viaje, pero no hay mas remedio, el Rey me cita para mañana.

—Es verdad... pero S. M. debió tener en cuenta que viviamos en la sierra, y que ahora todo está lleno de nieve.

—Vamos, no te puedes quejar; el camino no está muy malo.

¡Ay señor!... quiera el cielo lo terminemos felizmente.

—Pues que temes?

—Cuentan que hay muchos ladrones, por estos contornos y si nos asaltasen...

—Tienes miedo, Nuño?—Esto lo dijo D. Jaime con un tono tan brusco, que si le fuese posible observar el rostro de su escudero, lo hubiera visto lívido.

—Señor...—Se atrevió á titubear Nuño.

—Crei serias capaz de albergar en tu pecho, ese recelo que hace al hombre cobarde.

—No lo dije, señor, porque yo hubiese llegado á creerlo, pero como esas voces corren por todas partes llegaron hasta mi.

—Bien, pues desech.....

—Alto,—gritó una voz sin dejarle terminar.

D. Jaime iba á preparar sus pistolettes, pero no le dió tiempo; una lanza manejada diestramente, dió con él en tierra.

Un ¡ay! desgarrador dejó oirse en medio del silencio de la noche; despues el choque de dos tizonas. Eran Nuño y Fernan que se batian; pero al primero le cupo la suerte de su amo.

Cuando Fernan dió con él en tierra, se retiró con su gente abandonando los dos cadáveres.

Al dia siguiente todo el pueblo comentaba el hecho; D.<sup>a</sup> Blanca lloró sobre el cadáver de su hijo y mandó construir la cruz que hoy se levanta en aquel paraje.

#### IV.

Han pasado algunos años. D.<sup>a</sup> Blanca y su hijo D. Alvaro, rezan todos los dias al pié de la cruz; todos los habitantes del pueblo recuerdan la desgraciada historia de ella y se descubren con respeto cuando pasan por su inmediación.

D.<sup>a</sup> Blanca ha sospechado que su hijo segundo, fuese el autor del crimen, y estas sospechas se han llegado á confirmar.

En la sala de armas del castillo, se encuentran madre é hijo sosteniendo animada conversación. Escuchemos.

—Todavía no has encontrado el asesino de tu hermano?

—No, y hago activas gestiones.

—Pues yo ya di con él, y quiero que me digas el castigo que piensas darle.

—Demasiado lo sabeis; pienso colgarlo de la cruz.

—Pues bien, disponte á sufrir el suplicio, lo se todo y esta noche espiarás tu crimen.

—¡Madre!...

—Resígnate con tu desgracia.

D. Alvaro derramaba lágrimas; no de miedo si no de arrepentimiento.

—Está bien, moriré; madre mia pagaré mi crimen en silencio y me evitaré la verguenza de la horca.

—Bien hijo mio tu madre te seguirá; despues de sacrificarte, morirá al pié de la cruz.

Aquella misma noche, D.<sup>a</sup> Blanca y su hijo abandonaron el castillo, le prendieron fuego, y aparecieron sus cuerpos inertes en el lugar donde murió D. Jaime.

D. Alvaro pendia de uno de los brazos de la cruz con una cuerda por el cuello.

D.<sup>a</sup> Blanca al pié de la cruz yacia con un puñal en su pecho.

Al dia siguiente sus cuerpos eran sepultados.

#### V

Esta es una de las infinitas leyendas que se refieren en aquel lugar de la cruz que nos ocupa.

Todos los serranos miran ruinas y peñas con muchísimo respeto, y no hay uno que pase con sus hijos que no les refiera esta historia, la más generalizada de la Cruz de Galapagar.

Jovino Ozores del Riego.

Coruña, 31 Diciembre de 1883.

### ANÉCDOTAS DE CAMPAÑA.

(Conclusión.)

Pos en la segunda guerra é Rusia,—en aqueya no estuvo oz'té, camará.—Verdá es—repuso el velonero—no fui por que estaba en el enfermo Hespital, de un afleuto en el estuegamo que á poco si las lio—el frio tomó la elantera aquel año y caten oztes cabayeros que nos vimos enguertos en nieve y cogios sin poder ir pa atrás ni pa adelante como raton en ratonera. Un dia me acuerdo que era un sabao, tuvimos una... Mare mia del Carmen! pero que gorda! Lo mezmito caian hombres que las bellotas de las encinas cuando las apalean: la cosa fué que tuvimos que retirarnos y jacemos fuertes en un pueblo que llamaban Desci-plina ó coza azí. Era é noche y los faroles alumbraban lo mezmito que lámparas de Iglesia que ve el aceite á lágrimas como llanto de viuda. Bah! dije yo pa mi mesmo puee que er zacristan é la parroquia sea el encargao del alumbrao y vele ahí oz'té; zera casao y con hijos... etcétera. Seria poco mas ó menos á estas horas y me tocó ir en el rondín yevando el farol. Tomé uno bien grande le eché aceite con juerza le atizé con juerza y tapaos hasta los dientes zalimos á vesitar los puestos. El farol ardía como un demonio. Habia tres palmos é nieve y los bigotes se convertian en caramelos; salimos á la caye y á pocos pasos el farol casi casi no alumbraba. Parble! ijo el Jefe, y yo que ar momento comprendí que me preguntaba zi ardía, y yo le dije digo... no zeñor monsiur no arde y eso que le espavilé bien. Cre nom! contestó enfadao: yo a ver que me decia, Cd no! abrí el farol y metí los deos pa despavilá; que si quieres. ¡Cabayeros estaba la luz dura lo mezmo que una piedra; ze lo ije, lo vió, nos gorvimos pá atrás y en el zaguan del alojamiento zaqué la bayoneta le dí con la punta, ¡quia! ze habia helao la luz, zeñores; y por eso alumbraba tan poco como los faroles de la caye. Pero compare, dijo el velonero—por los clavos de una puerta cochera! ¿Como habia de alumbrar ni poco ni mucho si estaba helaa la luz? Misté que esa es mu gorda.—Y que tiene eso de particulá, repuso el tio Trabuco.—

—¿Pus pa que son los vidrios? ¿no vé ozté la luz con este vaso por elante? pues alumbraba por la trasparente del cristal si no lo hubiera tenio el fañol no alumbraba.— Tiene razon—esclamaron todos.—Es verdá, no habia caio —añadió el velonero. En aquel momento dejóse oír la campana de la Iglesia. Cabayeros, dijo el tío Paperas levantándose y quitándose el sombrero; ejemplo que siguieron todos los presentes.—Un padre nuestro y un ave-maria por el alma é nuestros pares y demes parientes y allegaos defuntos y por los pobrecicos caminantes y navegantes y por toos los que están en pecao mortal. Rezaron todos con la mayor devoción y así que hubieron terminado, prosiguió el ventero. ¡Pepiya! Traete pa acá el frasco del aguardiente; á tomar la sosiega y cáa mochuelo á su olivo. Vaya zeñores que Dios que nos ha ajuntao aqui, mos ajunte en la gloria.—Amen—contestaron todos;— Santas y buenas noches mos de Dios y prepararse para mañana zeñores que nos aguardan unas cuuletas de cebon y unas longanizas que hasta ayí.—Pos hasta mañana, y proveyéndose de sus respectivos candiles se encaminaron unos á la cuadra otros al pajar y los mas aristocráticos á un desvan con honores de granero que constituia la parte mas alta del edificio.

Juaniyo—dijo el ventero, en cuanto se vió solo—vete al corral y corta unas lonjas y el solomillo de la cabra, que se nos murió anteayer, pa que Pepiya las ponga en adobo con ajo, pimenton y orégano, que mañana venirá á comer el señor cura y hay que tratarle como su mercé merece.—Está ya picáa la carne del mulo del Molinero que se le mató ayer en el despeñadero del diablo:—Ya está zeñor—contestó Pepiya—Pos á jacer la longanizas y dejarlas al humero pa que ze curen un poco, qué mañana hay que comerlas. Ah! ya ze me olvidaba pon medio frasco de anisao y otro medio de agua tiemplaa para que no se guerva blanco, y le echas una guindillaa, sí toma fuerza y podrá echar esa gente la mañana, asina que se levanten. Es dia é Pascua, y con los parroquianos hay que portarse con generosía. Mu bien—dijo Pepiya.—Vamos tú!—gritó la ventera desde su cuarto—vienes si ú no?—Allá voy, respondió el tío Paperas.—Güenas noches.

F. Lumbreras.

## POESIAS.

### AS MIÑAS PENAS.

Vou chorar miñas coitas á un penedo  
Por onde mana á gorgollons á auga,  
Que as pingotas que beñcan sobre á erba,  
Semellan meñdas vágoas.

Penso que aquel penedo tamen chora  
E sinte, coma min, as miñas ánses;  
Que hay penas que'as pedras amolecen,  
E choran á escoitalas.

Benito Losada.

Santiago, Junio 1883.

## SECCIÓN BIBLIOGRAFICA.

D. Alberto Bessa, distinguidísimo escritor portugués y sócio de mérito del *Liceo*, ha tenido la galanteria de remi-

tirnos un tomito de poesias que, con el titulo de *Oudeantes*, acaba de publicar, y que son una colección de versos de diversos metros, escuela y sentimiento, que forman «una especie de mar revuelto, inquieto, sin disciplina ni orilla;» razon por la cual lleva el lbiro título tan extraño.

Hay en el tomo á que nos referimos, admirable edición de la *Empresa civilisacão* de Porto, composiciones completamente ideales, llenos de sentida poesia y otras que reflejan las penas y sufrimientos que el autor experimentó al escribirlos: pero que todos delatan al poeta, al hombre pensador y cuidadoso de sus obras.

Sinceramente felicitamos á nuestros queridísimo amigo por su recuerdo y le damos la más completa enhorabuena por su feliz ensayo poético.

## MISCELÁNEA.

El 31 por la noche tomó posesión la nueva Junta directiva compuesta de los señores siguientes:

Presidente, D. Ignacio Pardo Gonzalez.

Vice, D. Perfecto Iglesias.

Secretario, D. Ricardo Rios.

Vice, D. Ricardo Casás Pereiro.

Tesorero, D. Nicolás Arias.

Contador, D. Joaquín Angueira (padre.)

Gustosos felicitamos á todos nuestros consócios en la nueva entrada de año, deseándoles dichas sin cuento; deseando á la par que sigan demostrando su entusiasmo en pró de la Sociedad á fin de que esta alcance mayor renombre aun y no durmiéndose en sus laureles gloriosos prosiga la senda de engrandecimiento y prosperidad que desde su fundación se viene observando y que ya le conquistaron título honroso entre todos los de su índole.

Felicitamos igualmente á todos nuestros colegas locales, y á todos aquellos que nos honran con el cambio.

El baile verificado el dia 1.º en la Sociedad estuvo brillantísimo aún dado el carácter de confianza en que fué anunciado.

En el salon se habian dado cita las niñas más bonitas de esta capital y los más galantes jóvenes y claro que con estos elementos las horas se deslizaron dulcemente y en la más grata armonía.

¡Cuántas esperanzas realizadas! ¡cuántas ilusiones se desvanecieron y cuántas promesas de eterno amor se cruzaron!

Lo de siempre: la canción de la juventud.

En la rifa que han celebrado los dependientes de la sociedad *Liceo Brigantino*, han salido agraciados los números siguientes:

El 363, con la botonadura de oro.

El 416, con el alfiler de id.

Las novedades teatrales de la semana han sido, *La niña bonita*, zarzuela muy linda y que entretiene agradablemente al espectador, tanto por la parte musical cuanto por lo gracioso del libreto; y *El Siglo que viene*, zarzuela fantástica-lírico-cómica bailable del porvenir y de gran espectáculo, en trece cuadros y tres actos que entretuvo á la concurrencia y creemos que con ella terminará la compañía sus compromisos.

De la ejecución nada hemos de decir: juzgados todos los actores por el público el silencio será el mejor juicio.

## CHARADA.

Tengo un *todo* hecho de yeso  
vamos, que no hay más allá  
Al verlo todos me dicen:  
—Ese es *uno, dos, tres, cuatro*.  
Yo entonces, cuento su historia,  
les digo... cuanto sé yo;  
que fuerte fué cual *tres, cuatro*  
y que aunque en Francia reinó,  
y por todos respetado,  
en el trono no murió.

X.

Imprenta y Estereotipia de Vicente Abad.